



Mentes libres, cuerpos encarcelados: el rol de la práctica de escritura en poblaciones privadas de la libertad y una experiencia en el Programa Pabellones Literarios para la Libertad

Camila Serrangeli, Clara Maltas, Sebastián Iaconis, Sebastián Ávila y Nehemías Rodríguez*

Vivir en comunión con lo literario

“Yo, cuando estoy en el taller, me olvido por un rato de que estoy preso” dijo Guille con los ojos brillosos en la celebración de un acto del 25 de mayo que tuvo lugar en medio de una cárcel de máxima seguridad, el pabellón 18 de la unidad 9 del Servicio Penitenciario Bonaerense. Todos los integrantes del pabellón habían trabajado para la creación y la puesta en escena de una obra de teatro que representaba, con precisión de detalles históricos, la génesis de nuestra patria.

Esto ocurrió el 31 de mayo de 2022 en el Pabellón Literario autodenominado “Mentes Libres”. Sus integrantes conviven día a día con la pregunta, movilizada por el ejercicio literario: ¿Es posible que la mente sea libre mientras el cuerpo está encarcelado? ¿qué implica que un pabellón, lugar de cumplimiento de condena y privación de la libertad, se convierta en *literario*? ¿Es capaz la literatura de dar segundas oportunidades a quienes han sido brutalmente marginados por la sociedad, al punto de ser confinados en una unidad penitenciaria durante años?

El Programa Pabellones Literarios para la Libertad es una iniciativa del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires, que funciona como tal desde el año 2020. Los pabellones que así lo soliciten pueden integrarse al programa consensuando de manera libre y voluntaria un acuerdo de convivencia entre todos los habitantes del pabellón, bajo la premisa de violencia cero. A partir de esta decisión, se lleva adelante un proceso de “desarme” del pabellón, en el que el interno o la interna que entregue de manera voluntaria un elemento cortopunzante no será castigado y será recompensado con

*Les autores conforman el equipo actual de talleristas voluntarias del Pabellón “Mentes Libres” n°18 de la Unidad 9, perteneciente al programa Pabellones Literarios para la Libertad. Camila Serrangeli tiene 25 años, es profesora de Letras, docente del programa FinES para adultos y forma parte del equipo de talleristas desde el 2021 (mcamilaserrangeli@gmail.com). Clara Maltas tiene 25 años, estudia Psicología en la UNLP y participa del taller desde principios del presente año (claramaltaspsicologia@hotmail.com). Sebastián Iaconis tiene 28 años, es voluntario en Vino la Vianda, organización que ayuda personas en situación de calle, estudiante de Sociología y editor y productor audiovisual (sebaiakonis@gmail.com). Sebastián Ávila tiene 22 años, estudia la licenciatura y es profesor de Sociología en la UNLP y participa del taller desde principios del año 2023. Nehemías Rodríguez tiene 24 años, es educador scout y participa del taller literario en el pabellón desde el 2020 (sebaguchy4@gmail.com).

un libro. Esta iniciativa fue propuesta por uno de los primeros pabellones participantes del programa y se incorporó conocida como “una faca por un libro”. Luego de la constitución del pabellón literario, los internos o internas empiezan a vivir con sentido comunitario, respetando una rutina de tiempos de silencio para la lectura y el estudio, tiempos para el trabajo, el ejercicio y el ocio. La estrategia central que hace que esto funcione es el uso de la palabra como herramienta para la resolución de conflictos, y es por eso que se torna necesario un taller literario semanal no solo para darle valor a la palabra, la propia y la del otro, sino también para empezar a compartir la historia de vida de manera comunitaria y en un marco de respeto y escucha mutua.

Hoy en día, funcionan 108 pabellones literarios, que llegan a 6375 personas privadas de su libertad, a través de 128 talleristas voluntarios a lo largo y ancho de la provincia de Buenos Aires. Se ha comprobado, según datos del propio Sistema Penitenciario Bonaerense, que los índices de violencia y conflictividad han bajado significativamente en los pabellones que se incorporan al programa.

Para que un pabellón literario funcione, es esencial la construcción de un vínculo de trabajo y cooperación entre los talleristas y los coordinadores internos de los pabellones. Cada pabellón cuenta con personas privadas de su libertad que asumen un rol de liderazgo, representación y animación del grupo humano que convive en el pabellón. Si bien en la jerga carcelaria son llamados “limpieza”, nosotros elegimos llamarlos coordinadores, ya que cumplen un rol fundamental, de una importancia igual o mayor que la de le tallerista para garantizar que el pabellón funcione en el marco del programa y por lo tanto ofrezca un estilo de vida digno, pacífico y de trabajo para todo aquel que quiera integrar el pabellón. Es importante que el Pabellón Literario tenga autonomía, porque en esta propuesta ellos son los protagonistas, no los talleristas o los educadores externos.

Además de incentivar la incorporación o finalización de los estudios primarios, medios o universitarios, estos coordinadores también tienen la misión de embarcar al grupo en las diversas propuestas de educación no formal, los múltiples talleres que podrían existir, incentivarles a la lectura y a la escritura. De esta manera, se convierten en referentes que sobre todo enseñan con el ejemplo. Bajo este marco, las cárceles, a pesar del entorno hostil y adverso que suelen ser, están obligadas a promover el pleno desarrollo de la persona y contribuir activamente a su autonomía e inclusión social.

Los derechos humanos no pueden ser suspendidos, ni denegados, ni retirados por el hecho de que una persona haya cometido un delito o infringido una ley. Por eso mismo, la educación es un derecho humano

fundamental que debe ser continuado y fortalecido durante la condena, porque a partir de ella se reconstruye el lazo de pertenencia con la sociedad.

Cómo nació y dónde sucede Mentes Libres

El Pabellón 18 de la Unidad 9 eligió constituirse como Pabellón Literario a partir del año 2020. Desde ese momento, han sido acompañados por talleristas voluntarios, con algunas nuevas incorporaciones desde ese momento hasta la fecha. Sin embargo, la constancia y la persistencia propias del grupo de participantes es un elemento central para el funcionamiento tanto del taller en sí mismo como de la dinámica del pabellón durante la semana, cuando los talleristas no estamos.

Conformamos el equipo de talleristas del Pabellón Mentes Libres (P18 U9), cinco jóvenes de entre 19 y 28 años, estudiantes y trabajadores de distintas disciplinas. Cada uno desde su formación y desde su experiencia para con el pabellón aporta un rol singular en cada taller. Para ser un tallerista o un coordinador interno no se buscan instructores de conocimientos o profesores de Literatura. Si bien su guía y acompañamiento didáctico es valioso para la planificación de encuentros, consideramos que todos fuimos atravesados en algún sentido por la experiencia literaria y es esa vivencia transformadora de la palabra la que buscamos compartir. De la misma manera, lo que buscamos no es generar expertos en literatura, sino sobre todo nuevas formas de interactuar con el otro para el ahora y para el mañana. Si entendemos la educación como el estímulo de las facultades de quien se educa para que acceda a integrar y construir una sociedad más justa, la formación no puede limitarse a la sola enseñanza disciplinar, sino que debe priorizar la adquisición de nuevos hábitos individuales y sociales, que el interno pondrá en práctica cuando sea liberado.

El taller inició con modalidad virtual debido a la emergencia de COVID-19. Dado que tanto los coordinadores internos como muchos de los participantes tenían experiencias previas de otros talleres literarios, la dinámica que solía prevalecer era escuchar las producciones de cada uno de los participantes y darles recomendaciones de escritura y de lectura. A mediados de 2021, fue posible empezar a visitar el pabellón en eventos puntuales y ya durante el 2022 el taller se volcó de lleno a la presencialidad y así es como continúa hasta el día de hoy.

Si bien contamos con capacitaciones a cargo del SPB antes de incorporarnos al equipo, nada se compara con la experiencia del taller presencial en el pabellón. Para nosotros, el taller comienza desde antes de ingresar a la unidad. Allí somos recibidos por los agentes penitenciarios que corroboran documentación y

efectos personales. Tuvimos que atravesar un aprendizaje de las normas rigurosas del sistema para ingresar a una unidad penitenciaria, desde la vestimenta hasta lo que es esencial tener (y no tener) en la mochila. De la misma manera, los talleres no se desarrollan en un aula de clases, sino en el espacio común del pabellón, que los participantes cohabitan y comparten todos los días durante su encierro. Esto implica que cuando nos reciben, adaptan su espacio de vivienda temporaria para que se convierta en un lugar apto para un encuentro creativo: el pabellón está siempre limpio y ordenado, los bancos y las mesas en las que nos sentamos son las que usan para comer y para estudiar, el mate o la infusión que nos ofrecen sale de la mercadería que les llevan sus familiares en las visitas. Nosotres entendemos esto como un acto de generosidad que realizan porque valoran que alguien de “afuera” done parte de su tiempo para compartirlo con ellos, nos lo han dicho en esos términos en más de una oportunidad.

Como talleristas, es esencial el ejercicio de escuchar y comprender a la persona privada de su libertad, observando su historia social e individual en su propia complejidad y teniendo en cuenta que sus modos de comprender el mundo y construir valores y vínculos humanos puede ser muy distinto al nuestro, ya que han sido atravesados por la exclusión desde la primera infancia en muchos casos.

La presencialidad también trajo consigo la posibilidad de ejercitar dinámicas grupales de escritura y en general tener más presencia e iniciativa como talleristas, lo que necesariamente fortaleció el vínculo pedagógico con cada integrante del taller. En la actualidad alternamos entre principalmente dos tipos de encuentros: talleres de lectura, escucha y devolución, por un lado, y talleres en los que llevamos un disparador, una consigna de escritura y podemos observar y acompañar el proceso de escritura de cada uno. Para los encuentros en los que ellos leen, es esencial el acompañamiento de los coordinadores internos, quienes durante la semana incentivan, leen y corrigen las producciones que se van a leer en el taller. En un taller que dura dos horas, leemos aproximadamente cinco producciones, ya que nos detenemos en cada una, analizando los puntos fuertes de la narración y los procedimientos estéticos que el autor eligió. En los encuentros en los que llevamos una consigna de escritura grupal o individual, es fundamental que tanto talleristas como coordinadores nos traslademos por el espacio para estar atentos a dudas y acompañar el trabajo de cada participante.

Por otra parte, realizamos planificaciones generales en conjunto con los coordinadores para que lo que trabajamos en el taller vaya en consonancia con lo que se trabaja en el pabellón durante la semana, ya que ellos escriben grupalmente mes a mes según distintas temáticas que consensúan entre todos. Atender a las temáticas que los interpelan genera que en los encuentros de los viernes no haya una imposición de

contenido a trabajar, sino más bien un trato horizontal en donde se formulan las consignas en función de emergentes que hacen sistema con la cotidianidad del pabellón.

Así, nuestro rol como talleristas se traduce en planificar, acompañar y coordinar las actividades que el grupo llevará adelante. Es por eso que se torna necesario que los talleristas tengamos una actitud proactiva y responsable: trabajar dentro y fuera del taller, revisando lo que estoy haciendo y lo que puedo hacer, buscando la solución y dando una mano en las situaciones que lo ameriten son comportamientos habituales y necesarios del tallerista, tanto en su relación con cada uno de los internos como en su relación con sus compañeros talleristas y coordinadores. Ahora bien, se torna fundamental ser consciente también de nuestros límites, respetar y salvar las distancias necesarias con los participantes del taller, ya sea sin invadir en lo que toca su vida personal como también puede ser dejar fluir su imaginación e interpretación durante los procesos de producción de cuentos o debates sin condicionar su perspectiva con la nuestra.

¿Por qué elegimos ser talleristas?

Si bien el taller que dictamos tiene lugar en un contexto cuidado, de respeto, que valora el esfuerzo, la creatividad y la convivencia pacífica, entendemos que este pabellón es más bien la excepción que la regla dentro del sistema penitenciario. A partir de los mismos testimonios de vida los participantes, que han pasado por otras unidades y pabellones, sabemos que la cárcel es frecuentemente un espacio en el que se vive a la defensiva y con la guardia en alto porque no solo la propiedad privada sino la integridad y hasta la vida pueden correr peligro constante.

Los participantes del taller discuten frecuentemente la idea de la “resocialización” que circula en el imaginario común respecto del objetivo que debería tener el sistema penitenciario para con sus destinatarios. Planteado de esa manera, parece ser percibida la condena como un momento de pausa de la vida social y, por lo tanto, la cárcel como un espacio ajeno al mundo y a la sociedad. Lejos de eso, el contexto de encierro es un tiempo y un lugar donde la socialización se continúa y donde lo que sucede “afuera” afecta al “adentro”. Los muros que privan a los internos de la libertad ambulatoria son en realidad permeables a las políticas de estado y a la realidad que atraviesa el país.

Sin embargo, no deja de ser cierto que las cárceles buscan ser, sirviendonos de los aportes del sociólogo canadiense Erving Goffman, *instituciones totales* (Pérez, 2008), es decir, lugares de residencia con una gran capacidad de absorción de la subjetividad de los individuos que albergan: a partir de la distribución

de su tiempo, de sus intereses, de sus acciones y actividades, tienden a anular la creatividad y la diversidad y utilizando la homogeneización como elemento de control y vigilancia.

Pensar la cárcel dentro de estos parámetros nos permite responder al por qué de la importancia de la existencia de Pabellones Literarios en los que se ponga en juego la circulación del deseo, del disfrute, de lo *propio y singular* de cada uno que surge desde lo profundo y se vuelca en el papel a través de la palabra. Inaugura, sin ir más lejos, la esperanza de una nueva cárcel, que ya no sea la misma que identificamos con la violencia y el abandono, sino que cuando pensemos en ella pensemos en cambio en la posibilidad de una nueva oportunidad, en puertas que se abren y no en rejas que se cierran para nunca más ceder.

Hablamos de nuevas oportunidades porque la población en contexto de encierro proviene, en una amplia mayoría, de grupos en situación de vulnerabilidad social. Durante los talleres, la vivencia atravesada por la desigualdad no solo sale a la luz en los relatos de una infancia y juventud signadas por el hambre y el abandono, sino al conversar y pensar en un posible futuro en libertad, pero sin posibilidades de conseguir un trabajo que los saque de la delincuencia. Esta realidad trae como consecuencia que más de la mitad de la población carcelaria cuente con recorridos por la educación formal frustrados, incompletos o nunca iniciados, y se ha demostrado que el programa de Pabellones Literarios para la Libertad incentiva la alfabetización y el ingreso al sistema educativo.

Este es uno de los tantos objetivos que los Pabellones Literarios logran en cada uno de sus encuentros: que quienes están privados de su libertad y deciden apostar por dar comienzo al intento de una nueva vida, asumiendo la responsabilidad que eso implica, lean frente a un extenso salón de espectadores las producciones escritas que llevan las huellas de sus sentimientos más vivos, de sus miedos, de sus anhelos. Que tomen la palabra a sabiendas de que serán escuchados, alojados en las expectativas de un otro que los recibe y presta nuevos enunciados identificatorios, ofreciendo nuevos lugares que ocupar, lugares antes impensados, lugares prohibidos, alejados de los imaginarios sociales que encasillan y no dejan avanzar. Escribir es poner una voz a las injusticias o a las amarguras que uno vive, escribir visibiliza lo que el ser humano sufre estando privado de su libertad.

Al proponernos ir a la cárcel a dar un taller literario semanal nos estamos proponiendo, de nuevo, permeabilizar aún más esos muros, evidenciar que son parte de una sociedad que cree en ellos y que necesitan que se superen para no cometer afuera los mismos errores que los llevaron a estar adentro. Pero sobre todo, ser talleristas es una misión en ese afuera hoy, porque es la sociedad la que muchas

veces insiste en que la cárcel sea un lugar olvidado, cuyos muros nos separen de aquellos que no se adaptaron. Contar en nuestros entornos cómo es la cárcel por dentro y que allí existen personas que buscan un futuro digno y recuperar su libertad, obliga a la sociedad a repreguntarse cuál es su parte de la responsabilidad en el hecho de que un niño al crecer termine eligiendo la delincuencia.

Es ese el rol del tallerista, ser el puente entre el encierro y el exterior que conecta a esas mentes que buscan ser libres para que encuentren esos paisajes distintos en los que se imaginen como los que les dijeron que nunca serían. No estamos para enseñar, no estamos para juzgar, no nos posicionamos desde un lugar del *saber - poder* (Foucault, 2003), sino desde la ternura, la empatía y el deseo, deseo de una sociedad mejor, de un mundo más justo, de un país menos violento, parados sobre la creencia de que el cambio se encuentra cuando se lo busca, pero que la búsqueda debe ser necesariamente colectiva, y con colectiva hacemos referencia no únicamente a la modalidad grupal que se encuadra dentro de los límites del pabellón, sino también y por sobre todo social.

La escritura como puerta de salida

La escritura, ya sea literaria o no, implica una detención, un cambio de estado y de lenguaje a la hora de comunicar algo que puede perdurar como mínimo más que la enunciación oral y como máximo miles de años. Esa detención es la misma detención que hizo que los pueblos dejaran de ser nómades y empiecen a *cultivar* la tierra: la cultura. Hoy vivimos en una sociedad estratificada no solo en lo económico sino, respectivamente, estructurada por el prestigio de quienes acceden al dominio de la *lengua legítima* (Bourdieu, 1985). El ejercicio de la escritura en el taller literario y el acceso al corpus literario propuesto por los talleristas son un inicio de la democratización que se busca para enriquecer la competencia lingüística de los participantes del taller y vencer la desigualdad y el prejuicio que puede generar no desenvolverse lingüísticamente como es socialmente esperado en diversos ámbitos.

Ahora bien, cuando hablamos de comunicar algo único y particular la escritura se manifiesta de diferentes formas: no hay un solo tipo de escritura. En este caso, la escritura literaria puede aparecer como una catarsis, como una evasión o como una forma de volver a relatar la propia historia. A través de la creatividad y la originalidad, ya sean sobre escenarios ficticios o terrenales, los escritores que habitan el pabellón literario desbordan los límites de lo propuesto desde la academia o la crítica literaria y se sumergen en nuevas formas de representar la vivencia.

En Mentes Libres se busca que la literatura sirva como una herramienta para la liberación. Ellos lo tienen claro: sus cuerpos están retenidos, pero no sus mentes. Si hay un espacio en donde ellos pueden expresarse, encontrarse y animarse es aquí. La palabra (su palabra) es el mecanismo del cual se valen para comunicar sus pensamientos, sentimientos, emociones y reflexiones. La libertad se manifiesta entonces como la posibilidad de ser dueños de ese espacio irreductible del cuerpo que es también la mente, para enriquecerla con cada obra leída o producida: es animarse a no dejar de pensar, de conocer, de leer y de escribir.

La cultura es la llave de salida a la libertad de ser capaz de elegir aquello a lo que una amplia mayoría de personas privadas de su libertad no tuvo acceso durante sus vidas afuera. El acceso a la cultura, garantizada como el derecho que es mediante la vida en el pabellón literario, es lo que nos da una mirada crítica y una autocrítica, y sobre todo lo que nos permite cambiar de rumbo y asumir el protagonismo de nuestra vida.

En el contexto de encierro no debemos acostumbrarnos, y mucho menos convencernos, de que nuestra imaginación y comprensión no pueda sobrepasar los límites que habita en el presente como sí ocurre cuando se encarcela un cuerpo: siempre hay algo más por conocer, siempre hay algo más por escribir. Es por esto que consideramos de suma importancia la difusión de este proyecto, para tal vez lograr que todos tiremos de la misma soga para salir adelante, para lograr, tal vez, que las "clases sociales" dejen de ser esta cosa tan delimitada y encerrada en sí, unidas unas con otras nada más que por el odio y el prejuicio. Y para quienes creen que esto es utópico o ambicioso, podemos responder con certeza que el famoso granito de arena puede convertirse en playa si dejamos echarle la culpa al otro, sea quien sea, y empezamos a pensar qué podemos hacer desde el lugar que nos toque.

Bibliografía

Bourdieu, Pierre (1985). "La producción y la reproducción de la lengua legítima". *Qué significa hablar. La economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid, Akal.

Foucault, Michel (2003). "Primera lección: Erudición y Saberes sometidos". *Curso del College de France (1975-1976)*. Madrid, Akal.

Pérez, Edith Alba (2008). "Instituciones totales y producciones subjetivas". Del Cueto A. M. (2008) *Diagramas de psicodrama y grupos - cuadernos de bitácora II*. Buenos Aires, Ediciones Madres de Plaza de Mayo.